

cial y lo que de preparación artificiosa hubiera, sería faltar á la verdad el negar que el Rey obtuvo un éxito grandioso, y Barcelona dió un testimonio elocuente de su lealtad y de su patriotismo.

La justicia obliga también á hacer constar que la simpatía personal del Rey, su juventud y su confianza en las multitudes, tuvieron el noventa por ciento de parte en el extraordinario recibimiento que se le hizo.

Llegado el tren Real á la estación, una vez parado el coche, el Rey bajó al andén, siendo saludado por las Autoridades y Comisiones que esperaban.

También recibió á D. Alfonso una numerosa Comisión de estudiantes de las diversas Facultades, que llevaban una gran bandera nacional.

Al llegar la Escolta Real sonaron aplausos y los estudiantes agitaron la bandera.

Después de los saludos de rúbrica, el Rey subió la escalera de la estación, saliendo á la puerta.

Allí, con resuelto ademán, subió con ligereza al caballo, vistiendo uniforme de diario de Capitán general, con ros sin funda.

Una vez á caballo, el Rey picó espuelas, avanzó decididamente y se destacó de todo el acompañamiento.

Los estudiantes lo rodearon entre frenéticas aclamaciones, en las que tomaba parte el público.

En los alrededores se agolpaba inmensa concurrencia, que iba desfilando para dar acceso á los carruajes que conducían las diversas Comisiones.

En casi todos los balcones, que estaban llenos de señoras con bandejas llenas de flores, había colgaduras.

Repetidamente el Rey tuvo que contener el caballo por la aglomeración de la concurrencia, habiendo ocasiones en que, soltando las riendas, separaba con sus manos á la gente que se interponía.

En la plaza de Cataluña y en la Puerta del Angel repetíanse las manifestaciones de entusiasmo delirante.

Al pasar frente al hotel de Inglaterra, cuatro señoritas, una uruguaya, otra portorriqueña, otra italiana y otra alemana, presentadas al Rey por el Gobernador, entregaron á D. Alfonso un hermoso *bouquet*.

La señorita uruguaya dijo lo siguiente:

«Majestad: la colonia extranjera residente en el hotel de Inglaterra, por nuestro intermedio, os da la bienvenida y os ofrece estas flores, que os suplicamos aceptéis como testimonio de respeto y de consideración.»

El Rey le contestó:

«—Gracias de todo corazón.»

Entregó D. Alfonso el *bouquet* al General Linares, para que lo llevaran á la Capitanía general.

Así, en medio de una ovación continua, llegó el Rey á la Catedral, donde se cantó el *Te Deum*.

A la vuelta y cuando se dirigió á la Capitanía general, donde se alojaba el Rey, continuó en la calle de Fernando y en las Ramblas la ovación y el entusiasmo de las multitudes.

El paso por la calle de Fernando fué verdaderamente, emocionante. Las señoras saludaban al Monarca con sus pañuelos y arrojaban flores y palomas; los hombres agitaban los sombreros: el clamoreo era incesante.

Don Alfonso, entretanto, paseaba sonriente su mirada desde los balcones de los últimos pisos hasta las personas que le rodeaban.

Muchas veces detuvo su caballo para contestar con más desembarazo á la ovación de que era objeto.

Al llegar á su residencia. D. Alfonso penetró á caballo en el zaguán, asomándose después al balcón principal de la Capitanía general sobre el paseo de Colón.

Al aparecer el Rey la multitud acogió su presencia con repetidos aplausos. El Rey saludó al pueblo varias veces con el ros.

Después, desde el mismo balcón, D. Alfonso presenció el desfile de las tropas.

A continuación se verificó la recepción de las Autoridades.

El Rey fué felicítadísimo por el cariñoso recibimiento que le había tributado Barcelona.

«El recibimiento hecho al Rey por Barcelona—dijo *El Imparcial*—ha sido cariñosísimo.

«En el paseo de Gracia, plaza de Cataluña y Puerta del Angel el entusiasmo ha sido inmenso.

«El Rey aparecía sereno y risueño y sus ademanes eran resueltos. Su aspecto simpático se opoderó desde luego del público.

«El grupo de estudiantes que con una bandera española rodeaba al Rey, no cesaba en sus aclamaciones, á las que el pueblo unía las suyas.

«Así, pues, el Rey hizo su entrada entre jóvenes escolares y hombres del pueblo.

«El Sr. Maura iba de uniforme en una carretela abierta, con el Alcalde, seguido de algunas fuerzas de policía.

«Varias veces fué aplaudido desde los balcones de casas aristocráticas, desde las cuales las señoras saludaban con los pañuelos al Jefe del Gobierno.»

El Liberal (y otros periódicos lo repitieron) dijo lo siguiente:

«Maura ha sido objeto de manifestaciones de desagrado. En varios puntos ha escuchado siseos y silbidos.

«Al pasar por la calle de Fernando aplauden al Rey; luego sisearon y silbaron á Maura.

(Se interrumpe la conferencia telefónica).

«En otros sitios le aplaudieron.»

A las tres y media empezó la recepción en la Capitania general, que resultó hermosísima. Desfilaron las Corporaciones diplomáticas, los marinos extranjeros y españoles, Jefes y Oficiales de la guarnición é importantes personalidades de Barcelona.

A las cinco de la tarde, después de la recepción, salió el Rey vestido de Almirante en *landeau*, acompañado en el mismo por el Sr. Maura y el Alcalde.

Detrás iban el Duque de Sotomayor y el General Linares.

Escoltaban al Rey cinco batidores de la Guardia municipal montada.

Dirigióse al puerto por el paseo de Colón, recorriendo luego la Rambla, plaza de Cataluña, paseo de Gracia, Gran Vía, paseo de San Juan y el Parque.

Regresó á la Capitanía á las seis y cuarenta de la tarde.

Durante el trayecto fué muy aclamado.

Componíase la comitiva de más de cuarenta carruajes particulares.

El Rey entregó 500 pesetas á los voluntarios catalanes de la guerra de Africa, que salieron á saludarle.

Los diez y seis veteranos supervivientes aguardaron la llegada del Monarca al pie de la escalera de la Capitanía general. Todos ellos lucían su antiguo uniforme, sobre el que ostentaban las cruces ganadas en aquella gloriosa campaña.

El Rey, que había preguntado por los voluntarios en la estación, al verlos en la escalera de la Capitanía general, dirigióse á ellos, estrechando sus manos y preguntando por el de más edad.

Adelantóse entonces uno de ellos, decrépito anciano de ochenta y seis años, el cual se echó á llorar cuando el Monarca le saludó con expresivas y cariñosas frases. La escena resultó altamente conmovedora.

A la una y media de la tarde se vió á un numeroso grupo de estudiantes monárquicos dirigiéndose hacia el llano de la Boquería.

Llevaban una bandera nacional.

Al llegar la manifestación á dicho punto, apareció un grupo formado por unos 150 estudiantes republicanos.

Llevaban á guisa de bandera un bastón con un número de *La Campana de Gracia* en que aparecía una estampa de la República.

Este grupo, que fué engrosando por momentos, marchó detrás de los estudiantes monárquicos.

Les dieron alcance en la calle de Lauria y allí se empuñó una lucha, primero á gritos y luego á palos.

La colisión duró largo rato, pero tuvo poca importancia.

El Rey ordenó por la noche que se averiguase el domicilio de los estudiantes heridos por los grupos de republicanos que intentaron arrebatárles á aquéllos la bandera española.

A las ocho se celebró el banquete oficial. Asistieron, además de los Ministros y Jefes de Palacio, el Cardenal

Casañas, el Alcalde, el Presidente de la Diputación, el Rector de la Universidad, el Presidente de la Audiencia, el Fiscal de la misma, el Delegado de Hacienda, el Marqués de Comillas y otras personas.

Las iluminaciones fueron espléndidas.

A las diez de la noche fué el Rey al Fomento del Trabajo Nacional.

Allí esperaban á S. M. más de trescientos socios, que eran como la plana mayor de la industria y del comercio catalán.

Al entrar el Rey hubo vivas y aplausos.

En el salón de actos el Presidente del Fomento enseñó al Rey los productos catalanes, manifestando que era aquello una Exposición improvisada. En ésta había unas 100 instalaciones.

A continuación pronunció el Sr. Ferrer y Vidal el discurso siguiente:

«He aquí, señor, lo que pueden nuestras fuerzas y trabajo. Vos, que aquí venís como Jefe del Estado y sabéis, por tanto, lo que son los desengaños, los esfuerzos y sinsabores, bien podéis calcular lo que representan esos esfuerzos, muchas veces estériles, y que necesitan el amparo de las altas esferas. En medio de ese gran desnivel, pueden estos productos competir con sus similares extranjeros.»

Pidió amplia independencia económica y terminó con un viva al Rey.

Contestó el Sr. Maura diciendo que el Gobierno se preocupa de los esfuerzos del país y estudia sus necesidades de manera que puedan sus productos competir con los del extranjero.

Consideró que las peticiones de Cataluña son de la región que más produce.

Terminó apreciando que el viaje del Rey á Cataluña no será infructuoso.

El Rey recorrió luego las instalaciones, examinando los productos, y al retirarse fué muy ovacionado.

Mientras se celebraba el banquete oficial, á las nueve y cuarto, ocurrió en la Rambla del Centro un suceso muy

desagradable. Al pie de la escalera de la casa núm. 19, en cuyo entresuelo había instalada una peluquería, estalló un petardo, ó bomba, según otros. La detonación produjo pánico en los primeros momentos entre la mucha gente que en dicha Rambla esperaba el paso del Rey para ir al Fomento de la producción nacional.

El petardo hirió levemente á un señor que bajaba por la citada escalera y causó lesiones graves á otro que pasaba por la calle.

Pasados los primeros momentos de confusión, sustos y carreras, la gente volvió á ocupar la Rambla para presenciar el paso del Rey.

La policía no consiguió averiguar quién fuera el autor.

Una hora después de la explosión pasó el Rey por las Ramblas, siendo ovacionado.

Se celebraron esta noche en Barcelona cuarenta y tantos *meetings* republicanos.

Todos ellos estuvieron concurridísimos.

En la Fraternidad Republicana pronunció un extenso discurso el Sr. Lerroix, que fué calurosamente aplaudido. En el local había unas tres mil personas, y fuera muchas más.

Se dieron vivas á Salmerón y se tocó *La Marsellesa*. dentro y fuera del local. Fué aplaudida y coreada.

Tal fué la jornada primera del Rey en Barcelona.

Una jornada brillante, importantísima para la Monarquía, favorable para la Patria y beneficiosa para el Gobierno, especialmente para el Sr. Maura, no obstante que, á última hora, yendo en el coche con el Rey, se oyeron algunos silbidos, según dijo el corresponsal de *El Liberal*.

DÍA 7.—Viajes del Rey.—Barcelona.—En esta fecha continuaron los agasajos que en Barcelona se hacían al Rey.

Los principales actos del Monarca fueron: la visita á las fábricas instaladas en la carretera del Clot, próxima á San Andrés de Palomar, barrio de Poblet.

En el trayecto fué objeto de entusiastas manifestaciones.

Las mujeres abandonaron el trabajo, saliendo á recibir á P. Alfonso y vitoreándolo.

El patio de la Capitanía general estaba lleno de estudiantes, entre los cuales permaneció D. Alfonso confundido largo rato.

Los estudiantes lanzaron entusiastas vivas al Rey y á la Reina.

Acto seguido comió el Rey y á las dos y veinte S. M. con la comitiva pasó por la Rambla, dirigiéndose al palacio de la Diputación, donde se celebró la recepción de los Alcaldes de la provincia.

A las tres y media hizo S. M. el Rey su ascensión al Tibidabo, donde se celebraba la fiesta del árbol, asistiendo una muchedumbre inmensa, además de diez mil niños de las escuelas públicas.

El Rey fué muy aclamado en el trayecto y durante la fiesta.

Los catalanistas y el Rey—La nota saliente, por lo atrevida y aun se podría decir irrespetuosa, la dieron los catalanistas en la forma siguiente:

Después de la recepción de Alcaldes, el Rey se dirigió al Ayuntamiento, fijándose detenidamente en los retratos de hombres ilustres catalanes.

El Concejal catalanista Sr. Cambó solicitó la Real venia para decir á S. M. algo referente á los grandes intereses de Barcelona.

El Rey se la concedió en el acto.

El Sr. Cambó pronunció en castellano un discurso en el cual dijo:

“Señor: Habéis llegado á Barcelona, nuestra hermosa ciudad. Bien venido seáis. No habéis venido por recrearos ni únicamente para recoger aclamaciones del pueblo; habéis venido también á compenetraros con su alma, á haceros cargo de sus aspiraciones. Nosotros los que comulgamos en el ideal regionalista, solicitamos con el mayor respeto la atención de V. M.”

Y continuó largamente lamentándose del centralismo y de la situación creada por éste á Barcelona y pidiendo autonomía.

El Rey contestó:

«He oído con la atención debida vuestras quejas. Uno de mis más fervientes deseos es conocer con puntualidad los de mis súbditos. Si de mí dependiera, muy luego tendríais ya concedido cuanto pedís. Hallándose aquí un miembro de mi Gobierno, el Ministro de la Guerra, concedo á él la palabra para que os responda.»

El General Linares dijo entonces:

«S. M. ha venido á Cataluña para identificarse con el pueblo. Su viaje á Barcelona obedece principalmente al propósito de investigar vuestros afanes y necesidades. Las Cortes son por la Constitución encargadas de concretar unos y otras. Que vuestros representantes hagan oír su voz en las Cámaras, y el Gobierno atenderá cuanto sea de justicia. No se trata de ahogar á Barcelona, sino de escucharla y atenderla, trabajando todos por su bienestar.»

El acto del Sr. Cambó fué muy censurado por todas las personas imparciales, pues aparte de la falta de cortesía que implicaba el decir al Rey semejantes cosas en momento tan inoportuno y como por sorpresa (recargando así la nota dada ya por el Sr. Ferrer y Vidal en el Fomento de la Producción), lo dicho por el Sr. Cambó no era ni es completamente exacto; le falta mucho para serlo, pues adolece de todas las exageraciones que los catalanistas ponen siempre en todos sus actos y discursos cuando se refieren al resto de España y al Gobierno de la Nación.

La contestación del Rey pareció á todo el mundo muy prudente y muy hábil.

Función de gala.—Por la noche se verificó en el teatro Principal, donde actuaba la compañía de la ilustre artista señora Tubau, la función de gala en honor de S. M.

La concurrencia era brillantísima, y el teatro estaba totalmente lleno.

Cuando el Rey apareció en su palco vistiendo uniforme de gala de Capitán general, con el Toisón de Oro, una verdadera tempestad de aplausos y de vivas resonó en el teatro.

En palcos y butacas todos estaban en pie. La orquesta del teatro tocó la Marcha Real.

Fué aquel momento solemne y emocionante.

La representación estuvo interrumpida durante veinte minutos y cuando los actores intentaron reanudarla, un viva á María Cristina contestado con una prolongada salva de aplausos puso fin á la ovación tributada al Rey.

Terminada la función á las doce y media, S. M. salió del teatro entre los aplausos del público.

Silbidos á Maura.—*El Liberal*, tratando de este asunto dijo:

«Al montar el Rey en el coche se oyeron aplausos.

»Un minuto después salió Maura.

»El público, que llenaba las inmediaciones del teatro, prorrumpió en silbidos.

»Entonces se produjeron sustos y carreras, con el consiguiente pánico.

«Una señora se desmayó.»

El Imparcial y otros periódicos también consignaron estos hechos.

DÍA 8.—Viajes del Rey.—Gerona.—En esta fecha visitó D. Alfonso la histórica ciudad de Gerona, haciendo una excursión verdaderamente deliciosa; pues tanto en las poblaciones del trayecto como en la citada capital, y en de Figueras, Rosas y San Feliú de Guixols, que el Monarca visitó, el entusiasmo fué grandísimo y las ovaciones incesantes, excusándonos de describirlas, pues necesitaríamos un volumen mayor que el presente para repetir siempre lo mismo. Recepciones, *Te Deums*, palomas, flores, aclamaciones y vítores.

Ocurrió esto durante todo el mes y medio que duró el larguísimo viaje por Cataluña y Andalucía, por lo cual sólo consignaremos lo que de notable y extraordinario sucedió en las poblaciones visitadas.

Los catalanistas y el «Heraldo de Madrid».—*La Veu de Catalunya* dijo á propósito de lo ocurrido en la recepción del Ayuntamiento de Barcelona:

«En la visita del Rey á la Casa comunal de Barcelona ha hablado Cambó de los obstáculos que las leyes españolas ponen al progreso y al desenvolvimiento de nuestra ciudad, y ha hecho notar cuán necesaria es la autonomía de los Municipios y de Cataluña.

»La contestación del Rey es clara y terminante.

»Sin acudir á las anfibologías de la gente política, ha hecho pública aceptación del ideal autonomista.

»Desde que empezó el pleito entre Cataluña y el Poder central, jamás ningún Rey ni gobernante había pronunciado frases tan precisas.

»No debe, no obstante, darse á estas palabras importancia desmesurada, por más que tienen mucha; pero son señales del tiempo.»

Y el *Heraldo* de esta fecha, comentando este artículo, dijo en otro muy hermoso, titulado *Las costas del viaje*:

«A través de los vivas y las aclamaciones, sucede lo que era fatal que sucediese: que los elementos egoístas, reaccionarios, de allá, hablan al Rey, no como á Rey de España, sino como á Conde de Barcelona. Maura lo ha querido, y cuando cesen los vítores y se retiren las colgaduras y se apaguen las luminarias, resurgirá el catalanismo en proporciones y con arrestos que hace tiempo no tenía.»

En realidad, de aquí surgió una división del catalanismo; pues los afiliados á esta *secta*, procedentes de partidos extremos avanzados, protestaron contra lo hecho por el Sr. Cambó, que como otros muchos catalanistas, es un reaccionario carlista disfrazado, y al efecto, aquéllos publicaron un manifiesto en que decía:

«Ante la significación que Maura ha dado al viaje, sólo debemos fundar esperanzas en el pueblo.

»Las fiestas no nos ofuscan. Pasarán sin dejar rastro.

»Nuestros compañeros regionalistas del Consistorio se han dirigido al Rey. Nosotros creemos más conveniente y adecuado á nuestras convicciones dirigirnos al pueblo.»

«**El Imparcial**, y **Maura**.—Causó sensación un artículo publicado en esta fecha por *El Imparcial*, que venía